

# 06. The Twelve Tables

## Introduction

Welcome back to Blood and Marble: Learn Spanish with the History of Rome!, the podcast where you improve your Spanish while uncovering the incredible history of the ancient world.

In our last episode, we followed the plebeians as they took a stand against injustice. They had fought in Rome's wars, tilled its fields, and built its temples, yet they had no voice in government. Their bold decision to abandon the city—the First Secession of the Plebs—forced the patricians to listen. In the end, they won an important victory: the creation of the Tribune of the Plebs, a new office designed to protect them from abuse.

But their struggle was far from over. Debt, land inequality, and social divisions still shaped daily life. And perhaps the greatest injustice of all? The laws that governed Rome weren't written down. They existed only in the minds of patrician judges, who twisted them in their favor.

In today's episode, we'll uncover how the plebeians fought to change this, how their demand for justice led to the creation of Rome's first written laws: The Twelve Tables. These laws would define Roman society for generations, shaping everything from family life to criminal punishment. But were they truly fair? Did they protect the weak, or simply preserve the power of the elite? Let's begin with the story of a tense morning for a Plebeian farmer named Marco, in the Roman Forum.

## La historia de Marco

El sol de la mañana brilla sobre el Foro Romano. La plaza está llena de gente. Comerciantes venden frutas y pan. Soldados caminan con sus armaduras brillantes. Pero en un rincón del Foro, hay un grupo de personas reunidas en silencio. Están mirando un juicio.

En el centro, un hombre de rostro cansado y manos duras está de pie. Es Marco, un campesino plebeyo. Su túnica está sucia de tierra, y sus sandalias están gastadas. Marco está nervioso. Hoy decidirán su destino.

Frente a él, sentado en un banco de mármol, hay un juez patricio. Viste una toga blanca con una franja púrpura. A su lado, un hombre rico—un terrateniente patricio—habla con seguridad. Es su acusador.

—Este hombre me debe dinero, dice el patricio con voz fuerte. Hace meses le presté veinte denarios. Pero ahora se niega a pagar.

Marco siente un nudo en el estómago. No es cierto. Él no se niega a pagar. Ha trabajado duro en sus campos, pero la última cosecha fue mala. No tiene suficiente dinero, solo necesita más tiempo.

—Señor, dice Marco con voz temblorosa, yo quiero pagar, pero la cosecha fue mala. Tengo tres hijos pequeños. Mi esposa está enferma. Por favor, solo necesito más tiempo.

El juez levanta una mano.

—Silencio, ordena. Se gira hacia el patricio y pregunta: ¿Qué dice la ley?

El patricio sonrío.

—La ley dice que si un hombre no puede pagar su deuda, su cuerpo es el pago.

El juez asiente.

—Así es. Marco, como no puedes pagar, ahora serás esclavo de este hombre.

El corazón de Marco se detiene. La multitud murmura, pero nadie puede hacer nada. Marco quiere gritar, protestar, preguntar dónde está escrita esa ley. Pero no hay respuesta. No hay documentos, no hay reglas claras. Solo hay el poder de los patricios y la ignorancia de los plebeyos.

Dos esclavos agarran los brazos de Marco y lo arrastran. Su destino está decidido.

Mientras la multitud se dispersa, un joven observa en silencio. Es un plebeyo como Marco. Pero hoy ha aprendido algo importante: sin leyes escritas, nadie está seguro.

Y así, en los corazones de los plebeyos, nace una nueva idea: Las leyes deben ser para todos, no solo para los ricos.

## Las Leyes Secretas

En la antigua Roma, la justicia no era igual para todos. Las leyes existían, sí, pero no estaban escritas. Solo los patricios las conocían porque se transmitían de forma oral, de generación en generación. Se aprendían en secreto, en las casas de las familias nobles, lejos de la vista de los plebeyos. En cambio, el pueblo vivía con miedo y confusión. Si un plebeyo tenía un problema legal, no podía saber si había una ley que lo protegía. No podía defenderse. Todo dependía de la palabra del juez, que casi siempre era un patricio.

Y los jueces, por supuesto, favorecían a los suyos.

En Roma, la ley estaba dividida en dos partes, que tenían nombres en latín. La primera se llamaba *'fas'* y era la ley sagrada, dictada por los dioses. La segunda se llamaba *'ius'* y era la ley civil, que regulaba los problemas entre ciudadanos. Ambas estaban controladas por los patricios. Para ellos, la justicia no era solo una cuestión legal, sino también religiosa. Los sacerdotes más importantes, los Pontífices, eran los únicos que sabían cómo aplicar la ley correctamente. Solo ellos podían decidir las fechas de los juicios, las normas que se debían seguir y los castigos que correspondían.

Para los plebeyos, esto significaba una cosa: los patricios tenían el poder absoluto sobre la justicia.

Tomemos el caso de los deudores. Muchos plebeyos, pequeños campesinos o artesanos, dependían de préstamos, es decir, dinero que recibían de un patricio con la promesa de devolverlo más tarde. Pero si tenían una mala cosecha o si el negocio no iba bien, se atrasaban en los pagos. Sin leyes claras, un juez podía decidir que el plebeyo debía pagar no solo la deuda original, sino también intereses enormes, o incluso entregar sus tierras como pago. Y si no tenía nada más que dar, la solución era todavía peor: convertirse en esclavo del acreedor. Así funcionaba el sistema de esclavitud por deudas, que en latín se llamaba *'nexum'*.

La injusticia también se veía en los tribunales cuando había disputas por tierras. Roma crecía y con cada victoria militar se ganaban nuevos territorios. En teoría, estas tierras debían ser repartidas entre los ciudadanos. Pero cuando un plebeyo reclamaba un terreno, siempre encontraba obstáculos. ¿Dónde estaban los documentos que probaban su derecho? No existían. ¿Quién decidía a quién pertenecía la tierra? Un juez patricio, que solía dar la razón a otro patricio.

Y lo mismo ocurría con los crímenes. En Roma, los castigos no eran iguales para todos. Si un patricio y un plebeyo cometían la misma falta, el resultado podía ser muy diferente. Sin reglas escritas, el juez tenía total libertad para decidir. A veces, a un patricio se le imponía una simple multa, mientras que a un plebeyo se le condenaba a un castigo mucho más severo.

El problema era claro: sin leyes escritas, no había justicia.

Pero no todos estaban de acuerdo con este cambio. Muchos patricios decían que escribir las leyes era peligroso. “Cada caso es diferente,” decían. “Si escribimos las leyes, los jueces no podrán decidir con flexibilidad.” Otros argumentaban que los plebeyos no sabían leer ni entender las leyes, y que era mejor dejar la justicia en manos de los que tenían más educación.

Para los plebeyos, estas eran solo excusas. Después de la Primera Secesión de la Plebe, habían logrado un gran avance: la creación del Tribuno de la Plebe, una figura nueva en el gobierno que tenía la misión de defenderlos. Pero los tribunos solo podían protestar, bloquear leyes injustas y exigir cambios. No podían evitar que los jueces siguieran interpretando la ley a su favor.

La única solución era obvia: las leyes debían ser escritas y públicas, visibles para todos, para que cada ciudadano pudiera conocerlas y defenderse con ellas.

Pero los patricios no querían perder su poder. Para ellos, mantener las leyes en secreto significaba conservar el control. Durante años, el Senado rechazó la idea.

Sin embargo, la presión de los plebeyos fue creciendo. En el Foro, en las tabernas, en el ejército, en los mercados... en cada rincón de Roma, la gente hablaba del problema. Hasta

algunos patricios empezaron a preguntarse si un sistema sin leyes escritas era realmente seguro.

La ciudad estaba cambiando. Y muy pronto, la lucha por un código de leyes escritas se volvería imposible de ignorar.

## Aprendiendo de los griegos

La presión de los plebeyos seguía creciendo. No bastaba con protestar en el Foro o exigir justicia en el Senado. Esta vez, estaban decididos a obtener un cambio real. Los tribunos de la plebe organizaron reuniones, hablaron con la gente y movilizaron a toda la ciudad. En los mercados, en los campamentos militares, en las calles, se repetía la misma idea: sin leyes escritas, la injusticia nunca terminaría.

Pero convencer al Senado no sería fácil. Durante años, los patricios ignoraron las peticiones, negándose siquiera a discutir el tema. Cuando la presión se hizo imposible de ignorar, intentaron retrasar la decisión, diciendo que los plebeyos no entendían la complejidad de la ley. Argumentaban que escribir las normas pondría en peligro las tradiciones romanas. La justicia, decían, debía ser flexible, y cada caso era único. Solo los jueces patricios podían interpretarla correctamente.

Había otra razón más profunda para su resistencia: el poder de los Pontífices. Como guardianes de la ley y la religión, estos sacerdotes controlaban los procedimientos legales, decidían las fechas de los juicios y dictaban las fórmulas que debían usarse en los tribunales. Para los patricios, cambiar el sistema no era solo una cuestión política, sino también religiosa. Si las leyes se escribían, la autoridad sagrada de los Pontífices se vería debilitada.

Pero fuera de Roma, el mundo estaba cambiando. Desde el sur de Italia llegaban historias sobre las ciudades griegas. En lugares como Cumas, Tarento y Nápoles, las leyes no eran un misterio. Estaban escritas y expuestas en plazas públicas, donde cualquier ciudadano podía verlas. Comerciantes y soldados romanos que habían viajado por la región hablaban con admiración de este sistema.

Lo que más llamó la atención fue la historia de Atenas. Un siglo antes, esta ciudad había enfrentado problemas similares a los de Roma: abusos de los aristócratas, deudas impagables y jueces que favorecían a los más poderosos. Para evitar una crisis, un hombre llamado Solón había reformado la justicia. Escribió un código de leyes claras y equilibradas, redujo el poder de los nobles y prohibió la esclavitud por deudas. Gracias a sus reformas, Atenas logró evitar una guerra civil.

Los plebeyos usaron estos ejemplos para reforzar su lucha. “Si los griegos pueden escribir sus leyes, ¿por qué nosotros no?” preguntaban en las asambleas. Los tribunos insistían en que Roma debía aprender de otras ciudades y adaptarse para seguir siendo fuerte. El tema ya no era solo una petición de los plebeyos, sino una cuestión de prestigio para Roma.

Y poco a poco, algunos patricios comenzaron a dudar. Entre los senadores más jóvenes y aquellos que habían tenido contacto con el mundo griego, la idea de modernizar Roma empezó a parecer menos peligrosa. ¿Y si realmente era necesario cambiar?

Finalmente, el Senado no tuvo otra opción. La presión social era insoportable, y algunos temían que los plebeyos volvieran a abandonar la ciudad, como en la Primera Secesión. Para calmar la situación y demostrar que estaban dispuestos a considerar la idea, tomaron una decisión: enviar una delegación a Grecia.

El grupo de enviados romanos estaba compuesto por tres patricios, hombres con experiencia en el gobierno y la justicia. Su misión era observar cómo funcionaban las leyes en las ciudades griegas y traer ideas que pudieran servir en Roma. Viajaron primero a Magna Grecia, las colonias griegas en el sur de Italia, donde estudiaron los códigos de ciudades como Cumas y Tarento. Luego cruzaron el mar hacia Grecia, donde conocieron de cerca las reformas de Solón en Atenas.

Allí vieron algo completamente diferente a Roma. Las leyes no eran un secreto, ni estaban solo en la memoria de los jueces. En Atenas, las normas estaban escritas en tablillas de madera y piedra, expuestas en lugares públicos. Cualquier ciudadano podía leerlas. No dependían de la palabra de un sacerdote o de la interpretación de un juez poderoso. Las reglas eran claras para todos.

Los romanos tomaron notas y discutieron entre ellos. Algunas ideas les parecieron demasiado radicales. En Atenas, la democracia estaba creciendo, y los ciudadanos tenían

más participación en la política. Eso no era lo que los patricios querían para Roma. Pero había algo que no podían ignorar: un sistema con leyes escritas daba estabilidad y evitaba conflictos.

Después de muchos meses de viaje, los enviados regresaron a Roma. Llevaban consigo documentos, observaciones y sugerencias. Presentaron su informe al Senado, explicando lo que habían visto. Algunos senadores aún se oponían al cambio, pero la presión era demasiado grande. Los plebeyos seguían exigiendo justicia, y cada día el conflicto social se hacía más peligroso.

Finalmente, el Senado aceptó redactar un código de leyes escritas. Se formaría una comisión especial, con la tarea de crear un conjunto de normas que sirvieran tanto para patricios como para plebeyos. Por primera vez en la historia de Roma, la ley estaría escrita para que todos pudieran verla.

No era una victoria completa, pero sí un avance. Las leyes escritas aún no existían, pero la promesa estaba hecha: Roma debía prepararse para su primer código de leyes.

Las Doce Tablas estaban a punto de nacer.

## La Creación de las Doce Tablas

El Senado había aceptado la idea de escribir las leyes, pero todavía quedaba un problema: ¿quién las escribiría?

Para esta tarea, Roma decidió crear un grupo especial de diez hombres: los Decemviri. Estos diez magistrados tendrían una misión clara: redactar un código de leyes que sirviera tanto para patricios como para plebeyos. Pero había una condición importante: mientras ellos trabajaban, el gobierno normal de Roma se suspendería. No habría cónsules, ni tribunos de la plebe. Era un momento peligroso para los plebeyos, que perderían temporalmente la protección de sus tribunos. Durante un año, los Decemviri tendrían todo el poder en Roma.

La elección de estos hombres fue un momento clave. Todos eran patricios, seleccionados entre las familias más influyentes de Roma. Al principio, los plebeyos no protestaron demasiado. Aunque querían representación, lo más importante para ellos era que las

leyes se escribieran. Por primera vez, plebeyos y patricios tenían esperanza en el mismo proyecto.

Los Decemviri no querían inventar leyes completamente nuevas. Su trabajo era organizar y escribir las reglas que ya existían en la sociedad romana. Hasta ese momento, las normas se basaban en costumbres antiguas que se transmitían de forma oral. Ahora, era el momento de ponerlas por escrito, y hacerlo de una manera que todos pudieran entender y recordar.

Para asegurarse de que las leyes fueran justas, los Decemviri estudiaron muchas fuentes. Examinaron las tradiciones romanas, consultaron sacerdotes y hablaron con jueces experimentados. Pero también miraron fuera de Roma. Tomaron ideas de Grecia, especialmente de las reformas de Solón en Atenas.

Sin embargo, el trabajo no fue fácil. Cada ley que proponían generaba debate. Algunos querían conservar las antiguas costumbres sin cambios. Otros querían una reforma más profunda. ¿Cómo crear leyes que respetaran la tradición pero también ofrecieran justicia para los plebeyos?

Los Decemviri pasaron meses escribiendo, borrando, discutiendo y revisando cada norma. Para ayudar a que la gente recordara las leyes, las escribieron con un ritmo especial, casi como poemas. Finalmente, su trabajo estuvo listo: las primeras Diez Tablas de la ley romana.

El día de la presentación llegó. Las leyes fueron grabadas en diez grandes tablillas de bronce y colocadas en el Foro Romano, elevadas sobre columnas para que todos pudieran verlas. Por primera vez en la historia de Roma, las leyes estaban a la vista de todos.

Las nuevas leyes tocaban temas que afectaban la vida diaria de todos los romanos. Explicaban cómo comprar y vender propiedades de manera justa, cómo resolver problemas entre vecinos, y qué derechos tenía cada familia. Establecían reglas claras sobre el matrimonio y la herencia. También, por primera vez, definían cómo debían ser los juicios y aseguraban que todas las personas tuvieran la oportunidad de defenderse.

El pueblo reaccionó con entusiasmo. Por primera vez, las reglas estaban al alcance de todos. Ya no dependían de la memoria de un juez patricio ni de la voluntad de los sacerdotes. Las Doce Tablas estaban cambiando Roma.

Pero pronto se dieron cuenta de algo: faltaban leyes importantes. Algunos temas, como los conflictos entre clases sociales y la protección contra abusos, no estaban bien definidos.

Para completar el trabajo, se eligió un nuevo grupo de Decemviri. Durante otro año más, el gobierno normal siguió suspendido, y estos diez hombres trabajaron en dos tablas adicionales.

Las últimas dos tablas abordaron algunos problemas pendientes. Se aclararon detalles sobre los derechos de los plebeyos y se añadieron reglas más estrictas sobre juicios y castigos. Pero también incluyeron una ley que causó mucho enojo: la prohibición del matrimonio entre patricios y plebeyos. Los plebeyos vieron esto como lo que era: un intento de los patricios por mantener su poder y riqueza dentro de sus propias familias.

A pesar de estos desacuerdos, las Doce Tablas fueron aceptadas oficialmente. Roma, por fin, tenía un conjunto de leyes escritas. Pero la historia no terminaba aquí.

Los Decemviri, que en un principio habían sido elegidos solo para escribir la ley, ahora no querían dejar el poder. El pueblo empezaba a preguntarse: ¿realmente entregarían el control de Roma?

La lucha por la justicia aún no había terminado...

## El final de los Decemviri

Cuando los Decemviri fueron elegidos, su misión era clara: escribir las leyes y luego devolver el poder al gobierno republicano. Pero una vez que terminaron su tarea, no renunciaron.

En lugar de restaurar a los cónsules y los tribunos de la plebe, los Decemviri mantuvieron el control absoluto de Roma.

No había oposición. No había consules. No había tribunos de la plebe. No había justicia.

Al principio, algunos pensaron que los Decemviri solo necesitaban más tiempo para organizar el nuevo sistema legal. Pero pronto, quedó claro que no tenían intención de renunciar al poder.

Los diez hombres gobernaban con mano dura. Utilizaban soldados para silenciar a quienes los criticaban. En los tribunales, los jueces Decemviri siempre fallaban a favor de los patricios y castigaban con dureza a los plebeyos. Las leyes que debían traer justicia se habían convertido en herramientas de opresión. Roma ya no era una República. Era una dictadura.

Pero el pueblo tenía esperanza. Pensaban que, cuando terminara el segundo mandato de los Decemviri, todo volvería a la normalidad. Solo tenían que esperar.

Sin embargo, llegó el final del año... y los Decemviri no abandonaron el poder.

Ahora quedaba claro: Roma estaba en peligro.

Y como había pasado tantas veces en la historia de Roma, la tiranía mostró su verdadero rostro a través de una tragedia personal.

El líder de los Decemviri, Appius Claudius, era el más ambicioso y corrupto de todos. Su deseo de poder creció cada día. Pero su mayor crimen no fue político... sino personal.

En Roma vivía una joven plebeya llamada Verginia. Su padre, Virginius, era un soldado respetado. Ella estaba comprometida con un joven plebeyo y tenía un futuro prometedor.

Pero Appius Claudius la quería para sí mismo.

Sabía que, como plebeya, él no podía casarse con ella legalmente. Pero tenía poder absoluto. Así que decidió usar la ley para robarla.

Appius ordenó a uno de sus aliados declarar en el tribunal que Verginia no era una mujer libre, sino una esclava. Según la nueva ley, si un ciudadano romano decía que una persona era su esclavo, esa persona debía demostrar su libertad en un juicio. Pero como los Decemviri controlaban los tribunales, no había posibilidad de justicia.

Cuando Virginius, su padre, escuchó la noticia, corrió desde el campo de batalla hasta Roma. Llegó justo a tiempo para ver a su hija de pie en el Foro, temblando, rodeada por los guardias de Appius.

El juicio fue una mentira total. Appius, actuando como juez, falló a favor de su propio aliado. Ordenó que Verginia fuera entregada como esclava. El Foro estaba lleno de gente. Todos sabían que era una injusticia. Todos vieron cómo las leyes escritas, que debían proteger al pueblo, ahora se usaban para destruir vidas inocentes. Pero nadie podía detener a los Decemviri.

Virginius miró a su hija. Sabía que, si iba con los hombres de Appius, su destino sería peor que la muerte. No había escapatoria.

Entonces, ¡tomó su daga y la hundió en el corazón de Verginia!

"Prefiero verte muerta que deshonrada", dijo con voz quebrada.

El Foro quedó en silencio absoluto. La gente miraba horrorizada. Algunas mujeres lloraban, recordando la historia de Lucrecia y cómo su muerte había terminado con la monarquía años atrás. Los hombres apretaban los puños con rabia contenida.

De repente, el silencio se rompió con gritos de furia. El asesinato de Verginia fue demasiado. El pueblo no podía soportar más. Las calles de Roma se llenaron de gritos de rabia.

El padre de Verginia, con la sangre de su hija en las manos, levantó su arma y gritó:

"¡Romano, mira lo que hacen tus líderes! ¡Mira la justicia de los Decemviri!"

La revuelta comenzó inmediatamente. Los plebeyos se negaron a trabajar. En los campamentos militares, los soldados, conmovidos por la muerte de la hija de uno de sus compañeros, se rebelaron contra sus oficiales. Uno por uno, los ejércitos abandonaron sus puestos y marcharon hacia Roma.

La ira fue tan grande que el pueblo repitió lo que había hecho en el pasado: una Segunda Secesión de la Plebe. Miles de ciudadanos dejaron Roma y se refugiaron en el Monte Aventino, igual que años atrás. La ciudad quedó paralizada. Sin plebeyos, Roma no podía funcionar.

El Senado, que hasta ese momento había tolerado a los Decemviri, se dio cuenta de que Roma estaba al borde del colapso. Ya no había más excusas. Los Decemviri debían caer.

El Senado envió emisarios al Monte Aventino, pidiendo a los plebeyos que regresaran. Pero los plebeyos tenían una condición: los Decemviri debían ser eliminados.

No había otra opción. El Senado ordenó a los Decemviri abandonar el poder de inmediato. Los nueve restantes aceptaron y desaparecieron de la historia.

Pero Appius Claudius no se rindió fácilmente. Intentó resistir, intentando negociar. Pero el pueblo no quería hablar. Querían justicia.

Appius fue arrestado y enviado a prisión. Algunas versiones dicen que se suicidó. Otras dicen que fue ejecutado. De cualquier forma, su muerte fue el símbolo del fin de la tiranía de los Decemviri.

## Conclusión

Hoy hemos hablado de cómo los plebeyos lucharon por tener leyes escritas en Roma. Al principio, solo los patricios conocían la ley y usaban su poder para controlar a los más débiles. Sin reglas claras, los plebeyos no tenían protección ni justicia.

Pero todo cambió cuando exigieron un cambio. Con la presión del pueblo y el ejemplo de otras ciudades, Roma escribió sus primeras leyes: las Doce Tablas. No eran perfectas, pero fueron un gran avance.

Sin embargo, los Decemviri usaron su poder para gobernar de manera injusta. El caso de Verginia mostró hasta dónde podían llegar. El pueblo no lo aceptó y se rebeló, logrando el final de la dictadura.

Esta historia nos enseña algo importante: la justicia no depende solo de las leyes, sino de quién las usa y de la lucha por hacerlas cumplir.

Gracias por escuchar. ¡Nos vemos en el próximo episodio!